

ÁNGEL RAMA Y REINALDO ARENAS EN ESTADOS UNIDOS: INTELECTUALES ESPECULARIOS Y LA CULTURA CRÍTICA DE HOY

Wilfrido H. Corral

Ángel Rama hace algunas preguntas muy importantes y calculadamente retóricas en su Prólogo a la *Poesía*, de Rubén Darío, uno de los primeros diez volúmenes publicados por la Biblioteca Ayacucho:

¿Por qué aún está vivo? ¿Por qué, abolida su estética, arrumbado su léxico precioso, superados sus temas y aun desdeñada su poética, sigue cantando empecinadamente con su voz tan plena? Sería cómodo decir que se debe más a su ingenio, sustituyendo un enigma por otro. ¿Por qué tantos otros más audaces que él, de Tablada a Huidobro, no han opacado su lección poética, en la cual reencontramos ecos anticipados de los caminos modernos de la lírica hispánica? ¿Por qué otros tantos que con afán buscaron a los más no han desplazado esa su capacidad comunicante, a él que dijo no ser ‘un poeta para muchedumbres?’ (ix).

Las preguntas son importantes porque, *mutatis mutandi*, en el siglo veintiuno podemos ver lo mismo en el legado crítico de Rama. Esa transposición no es fácil si se considera la actitud subyacente en la crítica «literaria» de hoy y su dependencia en modas, silencios y olvidos impuestos por variados y ocultos resortes más del poder que del arte. En el deseo interdisciplinario que surge de esa condición convergen varios éxitos de la cultura popular actual. La crítica no puede ni quiere pararse sola, y cuenta con otras disciplinas para ayudarle a conectar con los gustos populares, conexión factible. Pero el deseo acrítico de otras disciplinas no le da realce sino que la desencadena de un trabajo crítico no agobiado como el de Rama, tal vez más genuino, que no necesita tales visas. Hoy, el efecto acumulado de la mercadotecnia de disciplinas y del abono multicultural engendra una atmósfera de profunda desconfianza. El crítico inglés Eagleton, nada reacio a la alta teoría, afirma que en algún lado debe existir un manual para los críticos poscoloniales, la primera regla

aconseja: «Comience rechazando la noción entera del poscolonialismo» (3). La segunda reza: «Sea lo más oscurantista conque pueda escaparse decentemente» (*Ibid.*). Para Eagleton, criticando a Spivak, «la teoría poscolonial habla mucho del respeto hacia el Otro, pero aparentemente prescinde de esa sensibilidad ante su Otro más inmediato, el lector» (*Ibid.*). Más que oponer el trabajo de Rama a un tipo de crítica, o denostar fanatismos de actualidad, quiero hablar aquí de apropiaciones.

Examinó entonces cómo el espacio sociocultural en que se sitúan los intelectuales afecta su autopercepción (en él) y la manera en que sus interlocutores, críticos y comentaristas perciben esa ubicación o lo que hoy se tiende a llamar «posición». Ese espacio afecta a tirios y troyanos, y respecto a Rama, hasta la fecha en verdad hay solo un par de estudios consecuentes (Machín y J. E. González) sobre la importante y penúltima época de su vida, su estancia en Estados Unidos. No registraré cada una de las polémicas en cuyo centro se colocó o fue colocado. Sin embargo, examino una que creo importante por el contexto que obliga a desarrollar. Es más, dejar en el aire las polémicas de Rama, arguyendo que «la obra» es lo único que importa, es no ver el bosque por los árboles. Ignorar esos momentos es hacer lo opuesto de la valentía con que él supo ponerse al frente de la crítica de su momento, lo cual sigue dándole su vigencia. El Rama polemista ha superado los subterfugios detractores de un Emir Rodríguez Monegal o los ataques frontales de otros hacia el fin de su vida. De hecho, su obra ha valido para situarlo por encima de la aversión de émulos de sus contrincantes, sobre todo por la ética que ya contiene textos como el largo «Diez problemas para el novelista latinoamericano» (1964). Precisamente desde ese texto, y al fijar su desacuerdo con la conceptualización desde la cual Vargas Llosa construye *García Márquez: historia de un deicidio* (1971), se puede decir que Rama inaugura una manera de enfocar el trabajo crítico que, efectivamente, y sin descubrir la pólvora, perdura en el 2000. Desde siempre Rama vio su trabajo no solamente como el de un crítico literario, sino también como el de un intelectual que no se dedica a trabajar detrás de bastidores, condición que a decir verdad llega a afectar incluso a sus defensores. El terraplén era su tribuna, y su presencia periodística y editorial también ayudó a fijar su vigencia como intelectual público.

Hay entonces un evidente juego especular en el trabajo de Rama: un intelectual se ve escribiendo sobre otros intelectuales, define su forma mientras les rebana lo que tienen de amorfo, y a veces se ve reflejado en ellos. Sin recurrir o añadir al culto posmodernista que socava al testimonio, baso parte de mi discusión en recuerdos personales (verificables en su correspondencia inédita), relatos y memorias desconocidas acerca de Ángel, visto, leído y criticado. Y porque la historia literaria no depende únicamente de «hechos» despersonalizados o solipsistas cabe recordar un aspecto definitorio de su actitud vi-

tal: su gran sentido de humor e ironía. Estos se referían por lo general a pequeños entre profesores universitarios, los del tipo «intelectuales profesionales», cuyas ambigüedades académicas y culturales se siguen describiendo bien en el Estados Unidos que recibió a Rama. En un momento en que hablábamos de Lacan, le dije que acababa de leer en *La Quinzaine Littéraire* que unos psicoanalistas franceses manifestaban airadamente «¡qué suerte que el inconsciente no habla como Jacques Lacan!». Ángel lanzó una carcajada sincera, añadiendo que notaba que en Estados Unidos la ventriloquia era igual. Respecto a la comunicación, el «estilo» de don Ángel (al principio me costaba llamarlo otra cosa, a pesar de sus insistencias y de las de Marta) me parecía muy fragmentado. Cuando era así no apuntaba o cedía ante ninguna secta crítica sino que se debía a la particularidad de su pensamiento, una condición que generalmente se expresaba con una prosa fuerte y esclarecedora. En un momento mutuamente creímos factible dar a conocer en inglés su seminal ensayo «El boom en perspectiva», y mutuamente desistimos por no tener ambos el tiempo para dedicarnos a la traducción. Aun con ese estilo, nadie ha sido tan honesto como él para transmitir sus ideas, por apasionada y rápida que fuera su manera de construirlas (oírlo dar clases, como lo hice varias veces, era una experiencia inolvidable).¹

RAMA Y ARENAS LLEGAN A NUEVA YORK

Poco se ha escrito sobre la estadía de Rama en el noreste de Estados Unidos. Por eso relato un momento revelador y generalmente inédito de su vida allí, para instalarlo fuera del globo en que lo ha mantenido nuestra crítica. Entre los intersticios de las anécdotas anteriores y la lectura de las obras que había publicado hasta principios de los ochenta, el factor que siempre determinó o alteró cualquier consideración de sus vastos estudios acerca de la literatura latinoamericana fue notar inmediatamente su irreprochable compromiso intelectual con la América descalza, *vis-à-vis* la cosmopolita. Cuando Ángel

1. Aún con sus comienzos en el periodismo, en el cual la alianza es con la brevedad y la economía, Rama se iba al polo opuesto, estirando, saltando, divagando y tejiendo. Su escritura parecía estar a punto de perderse en la transposición de su pensamiento, pero volvía a su punto con facilidad, tal vez no el punto con que había comenzado, pero a un punto que expandía como espiral. El traductor al inglés de *La ciudad letrada* también se refiere a esto, y concluye «Sin embargo, la poderosa elaboración interpretativa de Rama integra el libro, y potencialmente combina mucho más, también, al obligarnos a contemplar continuidades de largo plazo y permitimos percibir relaciones inesperadas entre, por ejemplo, una escritura notariada, un cuento naturalista, y la nomenclatura de las calles de ciudades...» (xii). Excepto donde se indique, ésta y toda traducción posterior es mía.

empleaba en sus escritos extensos períodos gramaticales, un «nosotros» categórico, un tiempo presente (los más), y giros coloquiales o extranjeros, sus lectores podíamos y podemos estar seguros de que en esas obras había varios desafíos intelectuales, y más. No era tanto que él estuviera al día respecto a lo que ocurría en las literaturas de Occidente, o que sus esfuerzos recuperativos también abarcaran las literaturas amerindias. Se trata de un intelectual comprometido con la literariedad, basándose en sus conocimientos comparatistas, que sobre todo han servido para mostrar la insuficiencia de depender estrictamente de una formación académica para conocer a ciencia cierta más de una literatura. Ángel vivió la literariedad que examinó. Él sabía, a diferencia de un crítico posmodernista, que algo se puede hacer o explicar, y que se puede cambiar la naturaleza de las palabras y las cosas. Así, se puede disentir de su metodología, pero es imposible negar sus aportes a temas como el de la modernidad, Martí y el modernismo, la novela, el contexto de Arguedas, y sobre todo a la sociopolítica de la literatura.

Hacia 1980, al año y pico de haberlo conocido en una visita que le hicimos Jorge Ruffinelli y yo en el *Wilson Center* (allí escribía lo que sería *La ciudad letrada*, 1984) y en su casa en Georgetown, ambos en Washington, colaboramos en la revista neoyorquina *Review*, que entonces preparaba un número especial dedicado al tema «Exilio y Literatura». Entre Luis Harss, Director de *Review*, Rosario Santos (directora del Programa de Literatura del entonces *Center for Inter-American Relations* de Nueva York), un Consejo Editorial que incluía a Saúl Yurkievich, Gregory Rabassa y Julio Ortega entre otros, y yo (Secretario de Redacción), decidimos que Rama era la persona más propicia para organizar el número, y no solo por su trabajo y el legado americanista que venía dejando con la Biblioteca Ayacucho sino por su larga trayectoria como editor (véase Schavelzon). Lo invitamos a que viniera a Nueva York para discutir no solo el número del cual iba a ser el «Editor Invitado», sino también para formar parte de un panel asesor dedicado a cómo difundir más la literatura latinoamericana en una revista más de difusión que especializada, que sigue publicando exclusivamente en inglés. El problema primordial era, y es, cómo ampliar la recepción de nuestra literatura sin depender exclusivamente de traducciones (e implícitamente de la política y costos de éstas), de los que no escriben en español, y de las consideraciones editoriales económicas. En la reunión con la directiva del *Center*, otros latinoamericanistas, y la mayoría del Consejo Editorial de la revista, agitadamente, entre inglés y español, Rama hablaba y gestionaba como diciendo «estos me entienden pero no me aceptan». Lo más notable fue esa emoción y pasión completas, honestas, necesarias e intachables por ver lo latinoamericano *desde* América Latina y no *para* ella. Ángel quería invitar a varios latinoamericanos al *Center* (un sector de lo que había comenzado a llamar el «sistema literario» latinoamericano), y entre la fal-

ta de fondos y la política intelectual de siempre su proyecto aleatorio se quedó en el aire.

Más o menos en esa época llegó a Nueva York, vía el Mariel y Miami, Reinaldo Arenas. Este llegó en agosto de 1980, y casi inmediatamente fue invitado por Columbia University (donde yo terminaba mi doctorado) a dar una charla. Al enterarnos en *Review* de su llegada (y precaria situación) lo invitamos a dar por lo menos una conferencia. En varias ocasiones visitó nuestras oficinas, y en una de aquéllas disertó ampliamente con Ana María Barrenechea y conmigo acerca de Virgilio Piñera, Enrique Labrador Ruiz, Lino Novás Calvo (que había sido profesor mío), Camila Henríquez Ureña y la situación del intelectual en la Cuba de fines de los setenta. En ningún momento el entonces cálido, inteligentísimo y tranquilo Reinaldo mostró en persona la acidez y contradictoria actitud escritural que subsecuentemente llegaría a caracterizarlo, por lo menos respecto a la cultura literaria y política de la Cuba revolucionaria. Hablamos de amigos mutuos, del Nueva York de entonces y de la Cuba de allá, algunos de los cuales (mencionados en su memoria *Antes que anochezca*) han cambiado de residencia, o han muerto. No entraré en detalle, al hablar de la cultura crítica que Rama procreó, en la borrosa ideología política de Arenas, talentoso prosista. Sin embargo, no se me hace difícil compartir la siguiente opinión fundacional de un amigo suyo respecto a esa ingeniosa memoria: «La interrelación dialéctica entre vida y obra de Reinaldo Arenas se aprecia más claramente entre los que lo conocieron que entre los que se aproximan, como simples lectores e investigadores, por primera vez al estudio y lectura de sus obras» (Robaina 155). El hecho es que la recepción de las memorias de Arenas ha sido más positiva que la de su narrativa posterior a *El mundo alucinante*. El sesgo político nunca falta en esas lecturas, pero es sexual, y como resultado la fijación monotemática distorsiona la riqueza del texto.

Con el pasar de los meses Arenas se conectó con el agobiante ambiente literario «latino» de Nueva York. Pronto consiguió como agente literario a Thomas Colchie, que a la sazón era muy conocido como representante y traductor de varios autores brasileños, y amigo de Rodríguez Monegal. Al decirle al cubano que tenía una copia de su *Con los ojos cerrados* (1972) me pidió que se la fotocopiara. Reinaldo decía ni siquiera haber visto una copia, y quería que ese libro formara parte de la colección *Termina el desfile* (1981), que estaba a punto de publicar. En esa ocasión hablamos de Ángel, y concordamos en que su labor de difusión era inigualable. Ángel todavía no publicaba su *Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha, 1964-1980* (1981), antología en que Arenas aceptó colaborar con un texto rescatado por su memoria y reescrito. Después de esa vez, la segunda en que hablamos en persona de Ángel fue en otra visita de Reinaldo al *Center*, hoy *The Americas Society*. Para en-

tonces no se vislumbraba la polémica entre Arenas y Rama que paso a relatar. Reinaldo todavía lo consideraba su amigo, y no solo por haber sacado de Cuba el manuscrito y haber publicado la primera edición de *Con los ojos cerrados*, que hoy vale comparar con los «cuentos inéditos» de *Adiós a Mamá* (1996). Reinaldo venía a nuestras oficinas para cambiar y confirmar la lista, organizada por nosotros, de colegios y centros universitarios que visitaría, el único requisito de su puesto de Escritor-en-Residencia. La obligación no era prohibitiva o excesiva, ya que el *Center* acostumbraba a escoger escritores hispanoamericanos meritorios, residentes en el área metropolitana de Nueva York, cuya labor precisaba tiempo libre para escribir y pensar. Reinaldo se conectó entonces con Lolita (Dolores) Koch, amiga cubana mutua que se convertiría en traductora de sus obras al inglés.

Durante la quinta o sexta visita Arenas me mostró una postal que le quería enviar a Ángel, y me pidió su dirección. La postal era una foto de Joan Crawford, quien sostenía en una mano unas perchas que parecían rayos de Zeus. Para esa época la hija de Crawford acababa de publicar un libro, todavía memorable, en el que pormenorizaba las crueldades de su madre. La pose de Crawford en la postal le daba la pinta de una Minerva maléfica, que miraba directamente al que recibiera la postal. Reinaldo, que para esa época me mencionaba (y se sabía) que frecuentaba la subcultura homosexual de Nueva York, en la cual la Crawford era una matriarca preferida, me dijo «Mira chico lo que le voy a enviar a Ángel». El mensaje de Reinaldo a Ángel, quien todavía no publicaba su «Reinaldo Arenas al ostracismo» en los cinco periódicos o revistas latinoamericanos en que salió, era: «No nos vayamos por las *ramas*». El pleonástico subrayado no revelaba la seriedad de la situación futura. Nunca se sabrá en verdad qué pensaba Arenas de Ángel, ya que en el fondo (lo sigo creyendo) no quería lidiar con la política, consejo que le dio Ángel por escrito en el artículo mencionado. Arenas sí publica su bilis al respecto en una carta dirigida a Miguel Riera, director de *Quimera*, texto en donde, entre otras perlas, dice: «Pero en una época como ésta, donde lo que importa no es la literatura, sino una política oportunista de la misma, tal vez el *professor* Rama ocupe un lugar prestigioso. Y ojalá que sea así, que mal no le deseo a nadie» (1986: 114). Arenas no tenía malicia, pero sus «asesores» tergiversaron los efectos reales de *Review* para que se acercara a la malicia con la locura de un rústico. Entre 1981 y 1982, cuando Princeton optó por comenzar a comprar sus papeles fui con Reinaldo y Rosario a la inauguración, vimos los documentos, lanzó una ironía sobre el estado perfecto de ciertos manuscritos de José Donoso, y me dijo «chico, ¿qué pasa con Ángel?». No supe qué decirle. Pero el mal ya estaba hecho, veremos cómo, y Ángel sería echado de Estados Unidos poco después de la fecha de la carta de Arenas a Riera, de «febrero 24 de 1983».

En su parcial e inconclusa memoria (concentrada en los últimos cinco o seis años de su vida), y en la sección dedicada a cómo salían manuscritos de Cuba, habla de sus dos primeras novelas. Termina diciendo, casi críticamente, «También había publicado en Uruguay un libro de cuentos: *Con los ojos cerrados*» (143). Es raro que un autor para quien la memoria es una de las fuerzas motrices de su narrativa olvide una relación humana y profesional que, bajo otras circunstancias, le sirvió de mucho. Así como en la autobiografía de Rodríguez Monegal lo más notable es la pérdida de la memoria, dos prosistas canónicos, Cabrera Infante y Vargas Llosa (que han escrito notas paralelas acerca de *Antes...*) también escriben ensayos totalmente opuestos respecto a la memoria que mantienen de Rama. Pero volvamos a principios del año 1981, cuando solo se podía intuir lo que entonces ocasionaba Ángel como intelectual en la costa estadounidense que más lo conoció. Para esa época Arenas se había asociado, a pesar de sí, con un grupo de exiliados cubanos en el estado de Nueva Jersey, de fácil acceso al barrio neoyorquino de Manhattan en que vivía. Este grupo, percibido como manipulador y chantajista, giraba en torno a un panfleto mezquino, sin plusvalía de inteligencia o gusto, *Noticias del arte*. Precursor (en sus lineamientos ideológicos) de la desigual *Linden Lane*, que entiendo todavía dirige Heberto Padilla, rara vez llegó a tener ni siquiera un facsimile del tipo de colaborador que sería Arenas. Por medio de ese grupo amorfo y reacio, conectado a la *parte* de la comunidad exiliada cubana más intransigente y organizada desde focos de la Florida y Nueva Jersey, Reinaldo estableció contactos, cuyos subterfugios se protege con paranoia. Baste decir que al fin de su vida Arenas parece creer que le hubiera ido mejor sin ellos, y que no es menor el odio que reserva para esos seres y su arribismo e hipocresía en *Antes...* Allí repite con gusto que Lydia Cabrera le aconsejó irse del Miami, que para ella era «El mierdal» (312). Cuando sí se refiere brevemente a Rama, lo hace *dentro* del contexto de Miami, en la sección homónima.

Lo acusa de militante comunista y, respecto a «Reinaldo Arenas hacia el ostracismo» [sic], observa que el artículo de Ángel es cínico y ridículo, y que le hizo comprender «que la guerra comenzaba de nuevo, pero ahora bajo una forma mucho más solapada; menos terrible que la que Fidel sostenía con los intelectuales en Cuba, aunque no por ello menos siniestra» (309). Tenía razón, sobre todo respecto al bando subrepticio en que se encontraba. Como resume Bejel:

[en] *Antes que anochezca* se presenta una lucha entre el deseo sexual marginal (homosexual) y el poder político (socialista) de una manera que implica una ideología donde el deseo es una fuerza instintiva y natural cuya aspiración última consiste en liberarse de todas las fuerzas del poder, el cual es externo al deseo. En otras

palabras, en este texto se implica un deseo como fuerza pre-social cuya expresión más acabada se logra solamente cuando las presiones del poder están ausentes. De acuerdo con esta ideología, es en el 'deseo puro' donde radica la verdadera autenticidad del sujeto, el cual logra expresarse por medio de la escritura (43).

Según estipulación de Arenas a la biblioteca de la Universidad de Princeton, el bosquejo original de *Antes...*, incluido en las cajas 17-22 de la sección «Nonfiction» (su correspondencia entre 1980 y 1990, con Rama, Rodríguez Monegal y otros está en las cajas 23-26), permanecerá inaccesible al público hasta el año 2010. Así que hasta entonces no sabremos qué quiso decir en verdad, o si en efecto hay una especie de texto verídico diferente.² Arenas se mentía, y tanto él como Ángel siempre supieron que el poder estaba detrás y encima de todo lo que hacían o iban a hacer como intelectuales. Y sobre todo al llegar a Estados Unidos, estaban ante un espejo de doble lado. El sentido de la actitud ante el poder queda demostrado en un corolario necesario (lo que cuento) ante los rescates posteriores de Ángel en *Marcha*, *Hispanamérica* y *Sin Nombre*, *Texto Crítico*, *Casa de las Américas* y *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Reinaldo y su gran obra, como debe ser, sigue siendo el objeto de estudios que, como también era de esperarse, se debilitan al no profundizar en alguna política que no sea sexual.

Cuando Ángel entabló su breve relación con *Review* fue a pedido de los que trabajábamos allí. Como el intelectual orgánico y abierto que era, es seguro que no le pareció nada paradójico participar en una revista cuyos fondos principales, como los del *Center*, provenían de la Fundación Rockefeller y de varias instituciones privadas e individuos (de Norte o Sur América) que contribuyen a organizaciones no lucrativas de Estados Unidos. La meta de Ángel, reitero, era difundir la literatura latinoamericana, especialmente cuando se le proporcionaba una tribuna totalmente amplia, sin la censura que lo forzó al exilio, y que podría expandir invitando a otros intelectuales reconocidos. Entre los que invitó, Ángel consiguió colaboraciones de intelectuales exiliados (y entonces amenazados) del Cono Sur, como Cortázar y Roa Bastos. Escribió también un prólogo con el título (que traduzco) «Literatura y exilio. Fundación de la comunidad literaria latinoamericana» (1981), que Harss tradujo y publicó con seudónimo. Como «La lección intelectual de *Marcha*» (1982), el

2. Los testimonios recogidos por Nedda G. de Anhalt, *Dile que pienso en ella* (México, D.F.: Ediciones La Otra Cuba, 1999), dan un indicio de que, aun el aliado a las causas de Arenas, cree que lo que ventila en *Antes que...* es dudoso. Así, García Vega (164-165), y Gaztelu (182). Respecto a la fidelidad de Arenas a hechos reales véase también Manuel Pereira, «Reinaldo antes del alba» (54-58) y Miguel Riera, «El mundo es alucinante» (58-59), en *Quimera* 111 (julio de 1992). El tenor es diferente en los cinco testimonios recogidos en *Reinaldo Arenas*, ed. Reinaldo Sánchez (Miami: Ediciones Universal, 1994): 13-49.

de *Review* es un artículo escrito con un público estadounidense en mente. Así el peligro, como bien demuestra Machín respecto a los conceptos de «transculturación narrativa» y «ciudad letrada», es que se sigue desarticulando sus ensayos de su sentido práctico (74). A la vez, Harss, en su papel de Director de la revista, decía claramente en esa entrega que en números posteriores *Review* dedicaría sus páginas a otros exilios. Pero tal vez lo más polémico, por lo menos para el grupo cubano exiliado que protestó, fue que Harss dijera, en una nota al final del número, referida a la controvertida antología de Desnoes, *Los dispositivos en la flor* (1981), que crea lo que se crea de Fidel Castro, era innegable que podría ser un símbolo de «identidad hemisférica» de la talla de Bolívar o Martí. La presunta reacción, publicada, de Arenas no se diferencia mucho del rencor y resentimiento que opacan la brillantez ensayística que se puede encontrar en una colección como *Necesidad de libertad*.³

El número que organizaba Ángel, que correspondía al período septiembre-diciembre de 1981, salió a principios de 1982. Alrededor de febrero comenzaron a llegar anónimos al *Center*, recibimos llamadas (también anónimas, y algunas a mi domicilio) en que nos prometían vengarse de nuestro infame «comunismo» y maltrato de la comunidad cubana exiliada. Nunca supe de una célula comunista en la Park Avenue de Nueva York, o en ninguna universidad privilegiada de Estados Unidos. Ya que para mí los intelectuales cubanos del exilio eran un grupo demasiado heterogéneo, y en algunos casos un grupo preparado y capaz, no le hice mucho caso. Es más, nos llegó una carta llena de nombres sin firmas, y en algunos casos los nombrados no habrían podido firmar la carta, porque estaban muertos. Llamé a Reinaldo para averiguar por qué aparecía su nombre. Solo me dio evasivas, y me dijo entre risa e histeria que además estaba en contacto «con Rodríguez Monegal y su gente». Todo esto se concretó con creces en otro documento, que apareció en el panfleto mencionado anteriormente, *Noticias del arte*. En esa lista se acusaba a la administración del *Center*, al personal de *Review*, al Consejo Editorial, a amigos como Barrenechea y Eugenio Florit, y a colaboradores como Ángel, de ser ¡acérrimos comunistas!, usurpadores del «sueño americano», en fin, de lo que todo grupo reaccionario elabora con más imaginación que convicción. Cuando protestó cierta oligarquía latinoamericana (que daba fondos a la revista), el

3. Arenas se refiere a la compilación de Desnoes en su extenso tratado de 1982 «Los dispositivos hacia el norte» (185-214), recogido en la apasionada y valiosa (aunque escabrosa y elemental en las partes en que discurre sobre política) *Necesidad de Libertad*. El texto ocupa en verdad las páginas 190-234. No se sabe si la disposición del resto del texto y los documentos que se anexan pertenecen a Arenas o a la editorial. El desajuste producido por politizar a priori el discurso crítico se nota cuando la crítica de Arenas se ocupa más de sus referentes sexuales que de otras polémicas.

Center le dio un tirón de orejas al Programa de Literatura, acción que culminó con la paulatina renuncia de algunos de nosotros.

Llamé a Ángel, conmiseros respecto a ese tipo de protesta, y nos pareció gracioso ver tildados de comunistas a varios intelectuales y amigos cuyas señas de identidad y preferencias los ubicaban muy lejos de Cuba, peor del Moscú de entonces. Ángel retomaría este asunto en la nota publicada inicialmente con el título «Las malandanzas de Reinaldo Arenas», que salió en *El Universal* y en *Unomásuno* en 1982. El olvido de la historia, su tergiversación, la fácil manera de hacerla corresponder a sus necesidades o negarla, no solo fueron privilegio del excelente novelista que fue Arenas. Otros intelectuales latinoamericanos o latinoamericanistas también practicaron o practican ese protocolo respecto al trabajo intelectual de Rama.⁴ Uno, al invitársele a colaborar en un homenaje póstumo a Ángel, postuló que la obra de éste todavía no había «cuajado». Cabrera Infante, de quien Arenas se ha burlado en ficción y ensayo, recuerda en *Mea Cuba* (edición de 1992, la aumentada de 1999 no nos atañe) un congreso que presencié con Ángel en Nueva Jersey, ya que éste me había pedido llevarlo después al aeropuerto Kennedy de Nueva York, para un viaje al Brasil. Dice Cabrera Infante:

Los otros dos oradores [...] eran Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal [...]. Ahora al bajar del podio y salir del hall dejé a Emir improvisando su charla en inglés. Se sabía su tema (el *Boom* y quién lo hizo) como nadie, porque él lo había visto formarse en París y fue él quien le dio nombre. Pero Emir no dominaba el inglés como dominaba el tema. Podía haber hablado en español, pero no lo hizo porque Rama no hablaba una palabra de inglés y Emir quería que Rama no entendiera lo que iba a decir. El resultado fue que Emir se preocupó demasiado por improvisar en inglés y su improvisación fue un meandro de frases hechas que van a dar a la mar de clichés. Rama, por su parte, pendía y dependía de un árbol que no era de la sabiduría sino del lugar común (250).

Cabrera Infante tiene razón respecto al inglés macarrónico e improvisación de Rodríguez Monegal (un ejemplo: nunca se supo quién le tradujo su

4. La crítica estadounidense o europea desconoce esta parte de la historia. Ángel y Rodríguez Monegal escribían cuando la diversidad cultural y seriedad de colaboradores regían la publicación, se estuviera de acuerdo o no con la dirección ideológica de las revistas en que colaboraban. Aunque la comparación entre *Casa de las Américas* y *Review* como competidores falla por no matizar el poder institucional e ideológico detrás de ellas, véase Irene Rostagno, «Casa de las Américas and the Center for Inter-American Relations: Competing for Latin American Literature», *Searching for Recognition: The Promotion of Latin American Literature in the United States* (Westport: Greenwood Press, 1997), 89-144. Para la primera época de la revista cubana véase Nadia Lie, *Transición y transacción. La revista Casa de las Américas (1960-1976)* (Gaithersburg/Lovaina: Hispamérica/Leuven University Press, 1996).

biografía de Borges). Como otros exiliados cubanos miopes ante cierta historia, el talentoso anglocubano tergiversa la manufactura del *boom*, que el malogrado José Donoso, entre otros, ya había constatado en las ediciones de su *Historia personal del Boom* y en ficciones autobiográficas como *La desesperanza* (1986), *Donde van a morir los elefantes* (1995), y algunos ensayos de *Artículos de incierta necesidad* (1998). Por otro lado, el trabajo de Rama sobre el *boom* es una versión mayor del texto que Cabrera Infante, aparentemente, no entendió (*verba volant, scripta manent*). De una manera u otra, estas reacciones se han convertido (respecto a la reacción intelectual ante la revolución cubana) en lo que Jorge Edwards ha llamado «enredos de cubanos» en varias revisiones de su experiencia (véase Corral 1992). Vale anotar que la versión de lo que cuenta Cabrera Infante en *Mea Cuba* es una nada elegante extensión maliciosa, con variantes, de un texto suyo de igual mal gusto. Estas versiones aparecieron (con cambios que lindan en la injuria personal o el libelo) en *Vuelta* y en un homenaje a Rodríguez Monegal. En la versión de *Mea Cuba*, refiriéndose al accidente aéreo en que falleció Ángel, Cabrera Infante dice: «El tercer y decisivo cliché ocurrió cuando el piloto colombiano le respondió al piloto automático: ‘Cállate gringo!’ Ese fue su epitafio: el avión se estrelló segundos más tarde. Rama, que no sabía inglés, como quería Monegal no se enteró de nada» (1992: 251). Tal vez porque la literatura hispanoamericana se escribe predominantemente en español, el grupo intelectual (más que «escuela») que creó Rama en los pocos años que enseñó en los Estados Unidos está haciendo más en esa lengua que el jardín de infantes inglés (sentido amplio) que manejaba y enseñaba a manejar Rodríguez Monegal.

La versión del artículo de Cabrera Infante aparecida en el homenaje a Rodríguez Monegal dice: «El otro [Rama] ascendió al cielo —para bajar demasiado pronto. Cuando su piloto oyó la advertencia del computador del avión que alarmado repetía ‘Too low, too low’, le respondió al autómatas, ‘¡Callate gringo!’» Esas fueron sus últimas palabras. Su pasajero, aunque insistía en vivir en Estados Unidos habría aprobado esta demagogia de altura —y de súbito descenso. Emir y yo solíamos comentar tales destinos y desatinos. Los dos, creíamos, con Poe, que «la venganza es un género literario» (1987: 41). Sin comentarios. Lo que sí quiero comentar es la actitud de Ángel, cifrada en el primer «recuerdo» de Cabrera Infante. En esa reunión sobre el *boom* es verdad que Rama, quien hablaba después de Rodríguez Monegal, se quedó a oír a éste, cuya improvisación respecto al *boom* no solo no se entendió sino que fue el objeto posterior de varios comentarios negativos y burlones. La consuetudinaria falta de preparación académica y prepotencia anecdótica del listo Rodríguez Monegal era infame entre sus estudiantes. Pero con toda justicia, se debe decir que era del tipo afectado por más de un latinoamericanista mayor (de izquierda o derecha) que ha «conocido a los autores». Lo que no vio Ca-

brera Infante es que Rama tuvo la elegancia, y responsabilidad intelectual, de preparar su texto y estar presente cuando hablaron él y Rodríguez Monegal. Cuando le tocó el turno a Ángel, comenzó manifestando que en honor al entonces milenio de la lengua española hablaría en el lenguaje más apto para un congreso hispanoamericanista. Los susodichos esperaron a que todo el mundo se sentara, de modo que se notara que se ponían de pie y se iban, porque (siguiendo la opción shakespeariana de los contrincantes) fueron a enterrar a Ángel, no a elogiarlo.

Para Rama el crítico, los Estados Unidos era un país algo subdesarrollado en materia de la relación *exacta* y vital del intelectual literario con su lengua y ambiente. Era una relación análoga a la del latinoamericano posmodernizado en ese país. Como bien arguye Machín, la articulación que hace Ángel de su proyecto intelectual con la tradición de *Marcha* «puede ser vista como una recuperación selectiva de las dos polaridades del paradigma Ariel/Calibán» (83). Para Ángel la relación entre lo que estaba de moda y lo que no, no era algo posiblemente arbitrario. Era *necesariamente* arbitrario, porque siempre que se pusieran dos cosas lado a lado una estaría de moda y la otra no. Lo que añadió Ángel a este binarismo, estudiado hoy de varias maneras, es que esa necesidad también se aplicaba a la crítica y sus modas. A la vez, sabía que los intelectuales literarios lo son, en cuanto periodistas o publicistas, quienes trabajan en los medios masivos de comunicación y en lo que se llama «las noticias»: gente que lee, analiza y produce lo que la crítica especializada o «avanzada» denomina «representaciones» e «interpretaciones». ⁵ Pero Rama se encontró en un irónico subdesarrollo estadounidense (por la subestructura positiva que ofrece el ámbito universitario) que no tiene trazas de desaparecer, lo que es más grave. Para darse cuenta de cual es la situación, hoy bastaría comparar honestamente la ingente mole informativa, gran formación y tradición literaria de que dispone el hombre de letras latinoamericano promedio, aun en situaciones precarias, con la penuria intelectual en que se mueve el computerizado latinoamericanista angloamericano promedio. ⁶ Lo mismo, o más, podía decir-

5. Parafraseo parcialmente la definición del *intelectual literario* de Lentricchia, cuya primera parte postula que ellos son: «no tan sólo los poetas, novelistas y demás escritores 'creativos' de ficción y críticos literarios según el sentido estricto del término; sino también todos los intelectuales tradicionalmente denominados humanistas; los críticos en general; y no sólo los humanistas de las universidades» (6). Señalo en otra parte (1992), con salvedades, cómo se inscribió esta definición en nuestro ámbito cuando novelistas como Vargas Llosa y Cortázar reaccionaron al caso Padilla.
6. Franco arguye y pronostica que en la América Latina contemporánea hay «una sensación de que la importancia de la *intelligentia* literaria ha disminuido y que ha sido desplazada del discurso público» (1994: 17). Aunque tiene razón respecto al impacto de las nuevas tecnologías y los nuevos auditorios que se han creado, su vaticinio peca de alarmista, especialmente si se considera que los intelectuales están entre los primeros que usurpan

se de la preparación de presuntos expertos en literatura latinoamericana, sin que no deje de mediar el poder que todo posgraduado aprende de profesores que no pueden ni quieren dar cursos en la lengua cuya literatura enseñan. Tercia Cornejo Polar, al hablar de repercusiones de la enseñanza en Estados Unidos, y aclarando que no se refiere a la nacionalidad, «tengo nostalgia por aquellas antiguas épocas en las que la primera obligación del profesor y/o estudiante de español, pero también su máximo orgullo, era dominar a la perfección el español» (72).

Ángel, por la situación precaria en que se lo colocó, nunca pudo escribir abiertamente sobre lo anterior, hecho comprensible desde el nivel humano y el poder circundante. Pero en una ocasión me llamó para pedir mi opinión respecto a un doctor profesor centro-norteamericano, que hasta hoy solo puede pensar en inglés. Lo que le parecía más curioso a Ángel era no solo su empleo de un castellano inexistente sino la prepotencia o ingenuidad de excusar el defecto por el hecho de haberse educado en departamentos de literatura hispanoamericana que enseñan en inglés, paradójicamente apoyando el reaccionario movimiento *English only* en una sociedad que a principios del siglo veintiuno no cree conveniente reconocer esa parte de su tradición multicultural. Fascinado, me preguntó irónicamente si era parte del entrenamiento típico del posgrado en literatura latinoamericana aprender solo en inglés el error de saltar de términos usados metafóricamente al paralelismo conceptual. Si Ángel viviera, y dada la experiencia estadounidense de varios de los que nos dedicamos a la crítica, tendría que repetirle el «No, también se hace en español» con que le contesté. A ese ambiente llegó, y vio en esa situación y otras parecidas espejos para los vivientes. Le sorprendió también que la atención a la obra de Felisberto Hernández aumentara considerablemente (o se iniciara) en Estados Unidos con un extenso artículo, por otro lado pionero, de Anita Barrenechea publicado en *MLN*, una prestigiosa revista universitaria. No sorprende que esa observación latinoamericanista de Rama, y sus experiencias respecto a la impotencia del español en el medio académico estadounidense, lo acercan más a las que Vargas Llosa describe con tanto tino en *Desafíos a la libertad*. Él y Ángel se dieron cuenta de que siempre hay una manera de tributo que los intelectuales deberían pagar a la historia de su época para tener el derecho de pen-

los nuevos medios para continuar su hegemonía cultural, más el hecho de que Rama es un intelectual necesario. Véase Raquel Ángel, «El ocaso del intelectual crítico: de Prometeo a Narciso», *Rebeldes y domesticados* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1992): 9-26; Claudia Gilman, «América Latina en los años setenta: surgimiento del antiintelectualismo como tópico de los intelectuales de izquierda», *Homenaje a José Martí*, ed. Susana Zanetti (La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, U. de la Plata, 1994): 337-348, y Nicholas Granham, «The Media and Narratives of the Intellectual», *Media, Culture & Society*, 17. 3 (July 1995): 359-384.

sar libremente. El compromiso, lejos de inscribirse naturalmente en el derecho debido a la actividad artística, sería la estrategia más económica para no politizar el pensamiento de manera partisana.

Ángel era el intelectual autodidacta, exigente, experto en lo que hoy Edward Said llama «análisis contrapuntal», es decir, el que se lleva a cabo extendiendo nuestra lectura de los textos para incluir lo que se excluyó a la fuerza. Así vista, cada obra cultural es una visión de un momento, y debemos yuxtaponer esa visión con la de las varias revisiones que provocó más tarde. Además, uno debe conectar las estructuras de una narración a las ideas, conceptos, y experiencias en las que se apoya (1993: 67). Lo que parafraseo de Said es lo que Rama siempre hizo en la práctica, mucho antes, y que en sus propios escritos teorizó de manera similar. Un lector asiduo o primerizo de Rama se dará cuenta de que el procedimiento que retomo aquí llegó a definirlo, y a hacer fluir la riqueza de su discurso crítico. Pero para el crítico estadounidense levemente enterado del latinoamericanismo la crítica de Rama siempre «complementa» ésta u otra estrategia de críticos como Said u otros anteriores, o concluye que sus conceptos son un simple apoyo. Por esto sorprende que Jean Franco, justamente admirada por Ángel, diga de éste (a pesar de notar las diferencias): «Aunque nunca menciona a Pierre Bourdieu en sus artículos críticos, su exposición de estrategias literarias divergentes (Rulfo y Arreola) dentro de un solo campo intelectual, su reconocimiento de la distribución desigual del capital cultural como factor en la producción literaria, y su insistencia en ver la literatura como producción y práctica, recuerdan con frecuencia al sociólogo francés» (1984: 71).⁷ Una lectura cuidadosa y completa de Rama demostrará que se debe decir y hacer lo contrario, para evitar que el empleo de la crítica en Nuestra América *no* pase de una zona de contacto oportunista (que nunca implica comunidad interpretativa) a la de contagio, que es la situación actual en el imperialismo renovado, paradójicamente, por no saber qué es o puede ser «estar al día» teóricamente en América Latina.

En una lectura mucho más profunda de Rama y su legado crítico J. E. González se concentra en el ensayo «La tecnificación narrativa» (1981). Él de-

7. Otro caso típico es el de Timothy Brennan, ex alumno de Said, en *Salman Rushdie & The Third World* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989). Como otros comparatistas, respetuosamente recoge el concepto de *transculturación* desarrollado por Ángel, para terminar llamándolo una glosa y reemplazándolo con otro «más útil», el de *traducción* acuñado por Rushdie (59-61, *et passim*). En la crítica de sujetos primermundistas como Brennan (versus los «subalternos») la angustia del nuevo «fardo del hombre blanco» se convierte en una textualización de su solipsismo. Para ese tipo de comparatismo véase George Steiner, «What is Comparative Literature?», *No Passion Spent* (Londres: Faber and Faber, 1996): 142-159, y W.J.T. Mitchell, «Why Comparisons Are Odious», *World Literature Today*, 70. 2 (Spring 1996): 321-324.

sarrolla muy bien cómo ese ensayo, publicado durante la estadía estadounidense de Rama, lo llevó a realzar «la presencia de críticos latinoamericanos en su obra», y como consecuencia, «la presencia de las influencias ‘extranjeras’ en sus textos es disminuida, cuando no desaparece completamente, borrada por su voluntad latinoamericanista» (382). Esa voluntad es explicada diplomáticamente por De la Campa para el público básicamente estadounidense con el que tiene que lidiar, por la lengua en que publica su libro, y por funcionar como pedagogo latinoamericanista en ese país, presiones que naturalmente no se encuentran en la esfera del objeto de su estudio.⁸ En el previsible intento crítico por encontrar siempre un palimpsesto, J. E. González considera factible leer a Rama desde la perspectiva de Adorno y Benjamin, haciendo buenas salvedades a los tres críticos. Aunque no llega a los límites de Franco, se cree obligado a ver a Rama en términos de los otros. Bien se sabe que ningún crítico escribe en un vacío, y J. E. González tiene razón al desarrollar su idea de que «El aspecto que Rama añade al debate estético sobre la función de la tecnificación en la literatura es la situación de los escritores que pertenecen a culturas fuera de la tradición de donde surgen las técnicas» (394). Y concluye que el imperialismo crítico (basado en la excesiva confianza en la tecnología extranjera que no considera las diferencias culturales) contra el que luchaba Ángel «No es una diagnosis muy original, como tampoco lo es la solución que se propone» (399). Esa categórica conclusión queda desmentida por las extensas páginas que el crítico dedica a establecer el valor de la teoría ramiana, y la originalidad que encuentra en la totalidad de «La tecnificación narrativa», que aparentemente le condujo a explayarse sobre el tema, socava su contradictorio giro deconstructivo. Aun en un esfuerzo loable como el de J. E. González, la conclusión preliminar de que «Una crítica de las teorías de Rama entonces debe comenzar por cuestionar la posición central que él le atribuye a la tecnificación y que como [sic] se ha visto hereda [sic] de la estética de la escuela de Frankfurt» (400) —rastreo que también podría iniciarse desde el ensayo de

8. Esa voluntad se nota desde hace treinta años, respecto a qué era «estar al día», necesidad que generalmente se traducía, aun en la izquierda, con cierto dependentismo. Así lo ve Julio Schwartzman, «David Viñas: la crítica como epopeya», *La irrupción de la crítica*, ed. Susana Cella, vol. 10 de *Historia crítica de la literatura argentina* (Buenos Aires: Emecé, 1999): 147-180, quien pregunta «¿por qué una ‘actualización teórica’ sólo podía implicar el ejercicio de la importación y la traducción?; ¿por qué no podía provenir de la difusión de trabajos de Ángel Rama, Antonio Candido, Antonio Cornejo Polar, Noé Jitrik, Adolfo Prieto...» (163). Castro-Gómez discute la necesidad de resolver la dependencia lingüístico-teórica que supedita cualquier iluminación que resulte de los modelos interdisciplinarios. Juan Guillermo Gómez, «Ángel Rama: de la cultura de la resistencia a la renovación de la crítica literaria en América Latina», *Argumentos* [Bogotá] 10-13 (1985): 225-246, es una temprana corrección a la impresión de De la Campa de que se ha escrito poco sobre Rama (122).

Heidegger sobre el origen del arte y la relación con los «preservadores» (el público)— muestra la preponderancia del «estar al día» en las interpretaciones originadas en Estados Unidos de la originalidad crítica hispanoamericana.

LA LUCHA POR EL LEGADO

Un intento paralelo de reconocer en el trabajo de Rama la importancia que he venido dándole es el de De la Campa, aunque se ocupe de la recepción de *La ciudad letrada*, traducida al portugués once años antes que al inglés. Para De la Campa, Rama es un adelantado genial, cuyo brillante libro póstumo es «un prototipo de textualidad latinoamericana colonial, moderna, posmoderna y poscolonial» (122-123). Es decir, Ángel actuaba a la vez a favor del pasado y del presente. En su forma, *La ciudad letrada* es un verdadero ensayo (124, 142), y si De la Campa no admite que solo un colonizado que desconoce la tradición interna puede ver en el enfoque de Rama un síntoma de la necesidad de un verdadero azote posmoderno final de la inclinación latinoamericana hacia métodos críticos sociohistóricos (125), sí ve que la función de los intelectuales y la producción de capital sociosimbólico es el meollo de sus teorizaciones (134). Que, según De la Campa, Rama provea correcciones a la noción de oralidad derridiana, no es tan trascendente como que haya difundido y reordenado «el pensamiento social subalterno, la ortografía subversiva, el reino social como exceso epistémico, la modernidad periférica como ciudades realizables, las revoluciones iletradas, y los lenguajes del *graffiti*, los tangos y los corridos» (143). En todo lo anterior tiene razón De la Campa. No obstante, es notable que su examen presupone una alianza a destiempo entre Ángel y los «estudios culturales», una rentabilización de imaginarios, sin considerar el hecho, posmoderno por antonomasia, que a pesar de vivir en Estados Unidos, Ángel en verdad nunca abandonó mentalmente la inigualable complejidad de América Latina. Y tal vez de eso se trate. Grínor Rojo provee una excelente interpretación de los problemas implícitos al plegarse a la admitida textualidad ilimitada de los estudios culturales estadounidenses, sobre todo que la posición ideológica de ellos lleva hasta sus últimas consecuencias la falacia de un hablar desideologizado, «en los marginales y subalternos periféricos, que se presume que se salvaron de saber, y en los intelectuales poscoloniales, que de tanto saber estarán de vuelta a eso mismo que saben» (16).⁹ Es decir,

9. Rojo considera correctamente que «los informantes de otrora han empezado a construirse una posición discursiva propia, cuya piedra de toque es la reivindicación a cualquier precio de su 'diferencia' profesional y personal» (13), y añade que es inquietante hacer del exilio una situación de privilegio (16). Se observa esta noción en Amy K. Kaminsky, *After*

ese «hablar» permite considerar cuánto más pudo haberse dicho y cómo pudo haberse logrado una mejor definición de conceptos, algo verdaderamente nuevo e intelectualmente honesto, más algún alcance en conclusiones que resultan incomprensibles porque no quieren decir nada.

Rama, como miembro de la cultura crítica, sí dejó que su obra intelectual entrara en una esfera mayor inteligible. Uno de sus trabajos de la época caraqueña fue organizar y revisar la traducción del francés (por profesores y alumnos de la Universidad Central), de ensayos de Barthes, Bremond, Greimas y varios otros, colectados originalmente por Claude Chabrol. La Nota Preliminar que escribe para ese libro (*Semiótica narrativa y textual*, 1978) no muestra un afrancesamiento o la dependencia que algunos críticos venezolanos consideraban innecesaria en la cultura crítica del momento. Lo que hacía Rama, contradiciendo la acusación de nacionalismo que surge de vez en cuando, era aplicar una especie de globalización no *avant la lettre* sino normal y coherente. Su pensamiento es el continuo mental que críticos como Sanín Cano, Henríquez Ureña, Reyes y Amado Alonso (al traducir con el dominicano el *Curso de lingüística general* de Saussure) proveyeron en los cuarenta para las generaciones futuras. Rama no «copiaba» a Barthes, sino que asimilaba e integraba lo que éste llamaba «crítica». Es decir, el análisis de texto que consiste en «‘engendrar’ cierto sentido al derivarlo de una forma que es la obra» (Barthes, 64). Esa crítica se distingue de la *explicación* tradicional en la medida que desborda la exégesis (vista como la elucidación *motu proprio* y palabra por palabra del texto, el análisis semántico de cada uno de sus elementos y su «traducción» en lenguaje claro), haciendo un llamado a sistemas explicativos extratextuales y métodos constituidos (lingüísticos, estadísticos, etc.). Sin duda, Rama vio la crítica como un metadiscurso dedicado a la *comprensión* y, de manera globalizante, a la *interpretación* de textos. De esta ubicación para él la crítica cumple una de las tareas principales de la cultura: producir un conocimiento de las obras mismas. Pero la crítica que se ha apropiado de su legado, como la que quiere terminarlo, parece no haber entendido estos aspectos del desarrollo intelectual de Ángel.

Además Rama propone, sobre todo en sus artículos en torno al *boom*, que ese tipo de conocimiento crítico siempre es problemático. Ya que resulta de una acción regulada (taxonómica, programática, comparatista), es difícil someterlo a un proceso de verificación que permita, entre otras cosas, repetir ese

Exile (Minneapolis: U. of Minnesota P., 1999), que desatiende el papel del crítico en la escritura de la diáspora latinoamericana. Castro-Gómez también reacciona a los «estudios subalternos» y poscoloniales latinoamericanos en Estados Unidos. Complemento este análisis con un caso concreto en «Balza o el oráculo en la crítica que verdaderamente piensa», *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* XXIV. 344 (agosto de 1999): 52-55.

tipo de análisis en otros contextos socioculturales. Por otro lado, él sabía que la recepción del análisis literario siempre se abre a la sospecha de que se convierta en seudociencia o vulgarización, sobre todo si se incorpora argumentos que no se domina o se hace uso abusivo de términos y conceptos. Creo que la confusión sobre la ausencia de un discurso crítico prolijo o hipertécnico en su obra se debe a la falta de entendimiento de la conceptualización que menciono, y que era la plantilla de su escritura y de su función intelectual. En una muy sensata, aunque parcial revisión descriptiva de nuestra crítica, A. González se esfuerza por otorgar a Ángel y Rodríguez Monegal cierta igualdad en la creación de la cultura crítica actual. Asevera con razón que «El enfoque de Rama para la literatura hispanoamericana siempre fue apasionadamente político (aunque no partidario). A veces, en su ferviente ‘hispanoamericanismo’ parecía volver a las ideas de los críticos telúricos, aunque su enfoque al lazo cultura-literatura en Hispanoamérica fue menos idealista que el de los críticos anteriores» (454). Por otro lado observa que para Rodríguez Monegal su estilo «fue casi siempre preciso, ingenioso, irónico —y por lo general desapasionado. Era completamente apropiado para un crítico cuyo enfoque de la literatura hispanoamericana era menos nacionalista y más ‘extraterritorial’» (455). Entre los apoyos documentales a los que recurre A. González, para favorecer a Rodríguez Monegal, no se encuentra un artículo (publicado en los setenta en la *Revista Iberoamericana*) en el que critica al chileno Jaime Concha, residente en Estados Unidos.

Rodríguez Monegal ha terminado teniendo razón, y en vida publicó una obra más trascendente y extensa que su contrincante «marxista», a quien corrigió con la detallada pasión que Vargas Llosa ha fijado magníficamente para Rama. No obstante, A. González tiene razón respecto a la posición política de Ángel, y la suya es una evaluación menos apasionada de la que todavía quiere ver en él una «actitud de izquierda». ¹⁰ Pero pasión es lo que se necesitaba y se necesita para llegar a la «Verdad» a que apuntaba Barthes, porque tanto éste como Rama y Rodríguez Monegal sabían que aquella Verdad no era privilegio de un país o de una cultura crítica, por globalizada que estuviera. El desvelamiento de una verdad puede servir para ocultar otra, cuando una miopía generalizada se aísla de la verdad de la misma manera que del error. Como demuestra A. González, hay otras similitudes entre Ángel y Rodríguez Monegal.

10. Me refiero al trabajo de Ruffinelli (1986), que revela bien las diferencias de sus compatriotas al trabajar (Rodríguez Monegal: veloz y descuidado; Rama: expansivo y original). La evaluación política de Ruffinelli revela la necesidad de poner en perspectiva para nuestra cultura crítica el momento (regreso de la democracia al Uruguay) y el giro ideológico de la revista en que publica su nota. Véase la visión que Rodríguez Monegal da de sí mismo en la entrevista con Ribeiro; y compárese el enfoque anglófilo de D'Allemand (1995/96) con el excelente trabajo de Fernández Ferrer.

A pesar de que éste produjo algunas de las mejores entrevistas con autores hispanoamericanos y fue uno de los primeros practicantes de la biografía moderna, el hecho es que el trabajo de Rama ha llegado a tener mayor vigencia e influencia. En el caso de ambos críticos, y más en el de Rodríguez Monegal, se aplica parte de una diatriba del crítico estadounidense Fish contra la especialización: «Pero si uno quiere hablar al público, no hay que tener títulos, curso aceptable de acreditación, departamentos de Relevancia Pública [...] y sobre todo, ninguna red de conferencias, revistas, becas y cátedras especiales que le dan a la empresa una estabilidad material» (117). Por eso, aparte de cómo se resuelve institucionalmente el problema de enseñar cultura latinoamericana en español, hay que considerar con qué argumentos éticos los nuevos culturalistas latinoamericanistas pretenden enseñar todo menos la literatura que presuntamente es su mayor especialización y por la cual fueron contratados.

Se puede decir que el problema es más profundo que situar a Rama ante otros críticos. En nuestro «subdesarrollo» críticos y lectores podemos imaginarnos géneros, leyes, cánones y principios de la teoría mayor, sin tener que mencionar el canon eurocéntrico o los calcos que hacemos de su historia literaria (Ángel se refería a «influencias, estilo, géneros preferidos, mensajes, modos de producción y de transmisión» [1980: 284]). Esto lo hizo no solo en su discusión sobre la relación entre literatura y clase social (en la introducción a *Los gauchipolíticos rioplatenses*, 1976), sino sobre todo con el concepto de la transculturación (véase Díaz Caballero; Fernández Ferrer) que analizan Franco y casi todo el que quiere dejar a un lado su vida antes de Estados Unidos. También lo llevó a cabo con la recuperación de ciertos escritos «no literarios» de Arguedas y su obra (en la mayoría de la segunda y en toda la tercera parte de su libro de 1982, *Transculturación narrativa en América Latina*), autores venezolanos, García Márquez, la poesía novohispana, y con su lectura de Martí y el contexto del siglo diecinueve, dos temas relacionados que no podremos leer sin Rama. Esto no quiere decir que siempre haya sido bien recibido. Al examinar la crítica de Rama implícita en *Una modernidad periférica* (1988) de Beatriz Sarlo, D'Allemand escribe:

El discurso de Rama es atravesado [sic] por concepciones nacionalistas, muchas veces estrechas, que en diverso grado minan su sutileza y lucidez críticas, creándole problemas metodológicos. Un ejemplo de ello es su incomodidad al abordar las literaturas de vanguardia, que Rama, claro está, no estigmatiza torpemente, pero para las que tampoco encuentra espacio dentro de lo que él considera el paradigma propiamente 'nacional' de la literatura latinoamericana: la literatura transculturadora (1993: 31).

Todo lo contrario. Solo bajo la mira de una globalización, como la que D'Allemand asume implícitamente, se puede acusar a Rama y sus supuestos de

«nacionalista cultural». Solo cuando un crítico se refiere comparativamente (por la cultura de la cual surge) a la «extrema» nacionalización de la actitud crítica ocasionada antes del *boom*, y a la política de las luchas *actuales* por el canon, el estado de la cultura crítica parece excepcional. Si es verdad que Rama siguió las pautas occidentales de «las dos vanguardias» (señalada por Poggioli, y como subtexto de la compilación de Oscar Collazos, *Recopilación de textos sobre los vanguardismos en la América Latina*, 1970), nunca estudió lo «nacional» como algo tradicional, rural, u obligatorio. Esto se nota en su discusión de la vanguardia venezolana, la obra de Xul Solar, y los lazos que traza entre éste, Gironde, Marechal y Borges, y no menos en su atención a ese escritor tan «nacional» que era Cortázar (1986: 121). Como afirma Leenhardt:

La question que nous devons nous poser est dès lors celle-ci: quel serait le rôle intellectuel, éthique et social d'une critique post-moderne en Amérique Latine dès lors que l'on a pris en compte le fait, développé plus haut, qu'il n'existe pas de grands récits en Amérique Latine, qu'il n'y a pas davantage une société, au sens où ce terme désigne une organisation cohérente des différents éléments constitutifs d'une entité sociale, voire d'une nation, pas davantage d'ailleurs qu'il n'existe une véritable démocratie en Amérique Latine? (208).

Cierta visión reciente de Rama se debe a que el simple «contacto» negocio y apropiador angloamericano con la literatura y la crítica latinoamericanas se ha convertido en un nuevo imperialismo, parte de una lucha por el poder intelectual en la cual el latinoamericano es otra vez peón o prenda que legitima al reciénvenido y su política. Hay pocas excepciones, y en otro esfuerzo por objetivar el alcance del trabajo de Rama, a pesar de fijar el valor de su contribución a la creación de una crítica autónoma se insiste erróneamente en su «filo nacionalista» (D'Allemand 1996: 364-367). Si los que toleran ese contacto no son específica o necesariamente los «intelectuales baratos» que Vargas Llosa regaña en *El pez en el agua* (1993), sí lo son algunos comentaristas de generaciones más reciénvenidas, que con servilismo esperan las prebendas del contacto angloamericano que alguien como Benedetti ha venido demoliendo o desnudando en varios ensayos. En el clásico *Men of Ideas* (1965) el sociólogo Lewis Coser reagrupaba las posibles relaciones entre intelectuales y el poder en cuatro posiciones: 1) los intelectuales mismos están en el poder, 2) los intelectuales ejercen su influencia sobre el poder desde fuera, 3) los intelectuales desarrollan la función de legitimar el poder constituido, y 4) los intelectuales se ubican en una actitud constante de criticar el poder, bajo cualquier forma de éste, viéndolo como instrumento de varios tipos de opresión.

Bobbio observa que el límite de este tipo de tipología yace en el hecho que «mantiene la relación de los intelectuales con el poder político como si fuera el único aspecto del problema de la relación entre intelectuales y política» (147). A una tipología del tipo de Coser se le escapa lo que Bobbio llama *política de la cultura*, es decir, «la dimensión política de la cultura en sí, independientemente de los diversos modos con los cuales los intelectuales establecen una relación con el poder político» (147). Esa posibilidad de un doble funcionamiento autónomo, de los intelectuales y la cultura, es lo que logró ver Rama en el caso Arenas, y para los intelectuales en general. Precisamente, en *La ciudad letrada* abunda:

Con demasiada frecuencia, en los análisis marxistas, se ha visto a los intelectuales como meros ejecutantes de los mandatos de las Instituciones (cuando no de las clases) que los emplean, perdiendo de vista su peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes y, sobre todo, su especificidad como diseñadores de modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías públicas [...] por su experiencia saben que puede modificarse el tipo de mensajes que emitan sin que se altere su condición de funcionarios, y ésta deriva de una intransferible capacidad que procede de un campo que les es propio y que dominan, por el cual se les reclama servicios, que consiste en el ejercicio de los lenguajes simbólicos de la cultura (30-31).

Como la tradición, los intelectuales no fueron para Rama una presencia amorfa, imponente y poco porosa. Los logros del pasado intelectual, como los de la tradición, le proveían un contexto con el cual examinar a los nuevos intelectuales, aunque haya precisado qué y quiénes eran ellos con sus acciones como con sus análisis. Para él cada intelectual no solo se dirigía a un público específico sino que también dialogaba con los anteriores. En esto, como insisto en el título de este ensayo, yace la relación especular, y en vida Arenas no pudo lograr algo similar. Es entonces imposible considerar los logros significantes de las décadas posteriores a las primeras publicaciones de Rama sin evocar no solo la «tradición» sino también «la tradición de Rama». Como varios han dicho, aunque no creo sensato verlo todo dentro del contexto decimonónico y una noción *sui generis* de la escritura, la obra de Rama sigue siendo una fuerza incontenible *debido* a su alcance y ubicuidad. La última de esas condiciones le permite notar la multiplicidad de tradiciones en la tradición, y la manera de sacarlas del santoral crítico. Arenas, por otro lado, veía en la tradición un recurso para salvarse a sí mismo, disminuyendo la posibilidad que tiene todo intelectual literario para cifrar la experiencia del ser humano actual con su palabra y obra.

En este sentido, y porque Rama siempre supo que el espíritu de una época era una moda repleta de tradición, vale retomar a Said para entender el al-

cance intelectual mayor de Rama, no de Arenas; si no por la condición mutua de exiliados (véase *Representations of the Intellectual*, 1994, del palestino) en Estados Unidos, sí debido a su compromiso con el origen transnacional, coadyuvado por la estrategia mnemónica que Machín (87) detecta en el Rama posterior a 1973, fecha de su primer exilio. Los intelectuales y el compromiso son los polos de una dialéctica en la cual «la definición más útil de ‘compromiso’ expulsaría de su horizonte el *témoignage*, el *embrigadement* y la ‘apuesta de juego existencial’, el compromiso violento del intelectual-aventurero. Se supone por lo general que el individuo comprometido tiene una conciencia más clara de su identidad como intelectual, y que, de alguna manera, sus acciones estarán más orientadas hacia el grupo» (Schalk 24-25). Por eso Rama, como Said, siempre rechazó el «nativismo» y nacionalismo escrito o hablado, porque acudir a él sería según Said «aceptar las consecuencias del imperialismo, las divisiones raciales, religiosas y políticas impuestas por el imperialismo en sí», y abandonar la historia por esencialismos que degeneran en locuras privadas, la aceptación acrítica de estereotipos, mitos, animosidades y tradiciones alentadas por el imperialismo (1993: 228-229). Ángel era un polemista sensato, lo cual también lo aleja del subalterno que debe viajar a regañadientes con las teorías del otro cosmopolita, por querer eliminar sus paradigmas.

Para Ángel, hasta su último artículo, el peor tipo de nativismo era el tropicalismo (he ahí otra respuesta a la comparación que hace D'Allemand entre él y Sarlo), y especialmente el de los antropólogos —«no son las vías, hallazgos, polémicas y frustraciones de la antropología nuestro asunto» (1984: 98), asegura en unos de sus últimos ensayos— generalmente no latinoamericanos, que decontextualizan o supervalorizan el nativismo (véase *Transculturación narrativa...*). En *Les mots et les choses* Foucault decía que la «antropologización» es en nuestros días el gran peligro interior del saber. Ese antropologismo ingenuo e intermediario, que Ángel evitó con cautela después de haber examinado su abuso durante su estadía estadounidense, es tan peligroso como la presunta franqueza intelectual ante el Otro, sus idiosincrasias, su nación y sus literaturas. Ángel intuía que añadir disciplinas a otra rama de las humanidades le daba a cada una un giro autoconsciente, elitista, haciéndola partir de una política de la identidad simplista e irreflexiva, que convierte todo en ideología social acrítica. Para Rama la relación entre la literatura y la región, la nación y sus valores era una proposición interpretativa que se daba por sentado (1980: 296 *et passim*), y estos marcos no superaban lo que se analizaba dentro de ellos. En este sentido vale señalar otra similitud entre Ángel y Said. Si éste último arguye en otros de sus artículos la importancia de notar «los viajes de la teoría», casi se podría decir que Rama siempre viajó con la suya. Al ubicarse en el noreste de Estados Unidos lo que hizo es afinar el eclecticismo que lo caracterizaba, sobre todo bibliográficamente. Pero para sus viajes no

siempre empacaba sus maletas con el último grito teórico de los lugares que visitaba, y así lo muestran los artículos coleccionados de la que sería la última etapa de Rama, *La riesgosa navegación del escritor exiliado* (1993), cuyo ensayo homónimo es un artículo de 1978, modificado como el «Literature and Exile» de *Review* que vimos llevar a Arenas a otras playas.

En gran parte la postura de Ángel se debía al deseo de no replicar una actitud contigua. Se trata de que cuando un intelectual foráneo interpreta lo autóctono, latinoamericano o no, cuando dice «cuidado con todos» y goza arrogantemente del *ellos y nosotros*, «peligramos abjurar de responsabilidades tan graves como las evadidas cuando los primeros colonialistas decidieron que se le podía quitar la tierra a los pueblos colonizados, que **Otros** debían morir o convertirse en cosmopolita pobre, si era necesario, para abrirle el paso a la modernización occidental» (Torgovnick, 41). Insisto sobre este deseo de Rama ya que, hablando de la obra inicial de Tito Monterroso, dice: «[...] habiendo nacido por 1921 en Guatemala, país de los quetzales, los vibrantes huipiles, la suntuosa poesía maya, la verba inflamada de Miguel Ángel Asturias, varias dictaduras seriadas y otras muestras del esplendor lujurioso de los trópicos, ha puesto punto final al mito del tropicalismo literario» (1976: 24). Para que no se deduzca con lógica perversa que Ángel no hubiera valorado positivamente la obra de otra guatemalteca, Rigoberta Menchú, vale notar cómo termina su artículo sobre Monterroso: «Siendo la literatura de Monterroso un testimonio de radical modernización, no ha dejado de procurar una reelaboración de su cultura regional, lúcidamente asumida» (27). Dice Eagleton, «hay que señalarles a los empleados de la industria poscolonial occidental que el nativismo no debe ser romántico; que las minorías étnicas dentro de países metropolitanos no son lo mismo que la gente colonizada» (5). La crítica, sabemos, es autobiografía, y como tal puede arrancar de una selección personalísima de deslindes teóricos, citas eruditas, trasfondo hermenéutico, e incitantes metas metacríticas. Pero Ángel siempre buscaba el detalle emocional mediante el cual se revela como un intelectual que trata de encontrar un mensaje en la mezcolanza de las modas. Siempre se fija en que el problema, de la búsqueda incansable de una tónica general o generalizante, es que nunca encuentra el tipo de respuesta que se espera encontrar, situación que conduce a los intelectuales a sus luchas interpretativas.

Diferente de Arenas, Rama aprendió a contrarrestar la censura abusiva con el juicio tranquilo y el desacuerdo cortés y objetivo de su prosa («Amando y odiando leyó lo que leyó», dice Galeano en el número de *Marcha* mencionado). En círculos literarios del Uruguay y la Argentina, Venezuela, Estados Unidos y Francia, tal vez poco conocidos por ser armoniosos, Rama convirtió a muchos. En realidad tuvo, más que enemigos, abogados del diablo nada exentos de la envidia del intelectual literario. La gama de referencias, datos y

alusiones en su prosa, como se ha dicho en varios homenajes, linda con lo prodigioso. Siempre se nota en sus escritos, especialmente en libros o colecciones póstumos como *La ciudad letrada* y *Las máscaras democráticas del modernismo* (1985), una pulsión hacia las ciencias sociales, hacia la interdisciplinariedad tan deseada y temida de los variopintos latinoamericanistas que comenzaron a practicarla con él como maestro. Pero desde mi punto de vista, su obra más importante (y donde más revela al intelectual especulario) yace en torno a la crítica cultural del género novela. Su revisión de Auerbach (en el prólogo a *Novísimos narradores...*), de propuestas y códigos genéricos en *La novela en América Latina*, de un subgénero (la novela del dictador) y sobre todo la extensa explicación pluridisciplinaria de la *cultura crítica nacional*—que he analizado en otro momento (1985) concentrándome en la versión del libro de 1972 de *Diez problemas para el novelista latinoamericano*— confirman su actitud hiperbarthesiana de ver el género novela como la biografía que no se atreve a decir su nombre. Si la novela es siempre más que una novela, y la desmesura, desborde, experiencia de límites, y tentativas diversas de drenar los mundos posibles son su dominio, el género exigía un crítico como él.¹¹ Por eso encontramos constantemente conclusiones similares a las de De la Campa, para quien Ángel ve «las grandes novelas de período del *boom* latinoamericano como intentos metatextuales de englobar una diferencia inagotable disponible solo por medio de discursos múltiples y constelaciones asincrónicas» (131).

LA NOVELA Y EL INTELLECTUAL COMO EXCESOS

Si Rama fue un crítico excesivo, cabe notar que lo fue con conocimiento de causa. Las novelas que regían el canon hispanoamericano hasta el momento de su muerte fueron, cabe ser pleonástico, excesivas, y solo alguien como Rama podía examinarlas a plenitud y de manera convincente. Si sería absurdo atribuirle a lo extenso una virtud en sí, también sería insostenible ignorar las

11. Respecto a este período, véase Jorge Ruffinelli, «Ángel Rama, *Marcha*, y la crítica literaria latinoamericana de los años 60», *Casa de las Américas* 34. 192 (julio-septiembre 1993): 30-37, y la visión somera (respecto a Ángel y la novela) de Antonio Candido, «O olhar crítico de Ángel Rama», *Recortes* (Sao Paulo: Companhia das Letras, 1993): 140-147, recogida con el título «Uma Visão Latino-americana» (263-270) en Chiappini y Wolf de Aguiar, con la ventaja de un debate en torno a sus enunciados (270-276). Recuérdese el interés de Ángel en la novela-monstruo, novela-río y novela-mundo, y sus análisis de las totalizantes y enciclopédicas *La guerra del fin del mundo* y *Yo el Supremo*. Para ese tipo de novela y su canon en el siglo veinte retomo ideas de Samoyault. Respecto a la relación entre campo cultural, intelectuales y poder durante el período de la hegemonía crítica de Rama véase los trabajos de Sigal, Kohut y Vanden Berghe, en De Paepe *et al.*, y mi artículo sobre *Diez problemas...*

preguntas que impone la longitud. En su maravillosa exégesis de la novela occidental del exceso en el siglo veinte, Samoyault propone que esa condición puede darse en la materia, tiempo, lenguaje y saber. Ángel había tratado cada unas de esas vertientes en un sinnúmero de obras, y si Samoyault arguye que la idea fija de esas novelas es dar una forma a la tonalidad del mundo, él no quiso hacer menos con su crítica. Por eso su trabajo intelectual en la novela se centra también en la antropología sociológica (véase «La literatura en su marco antropológico»), en la crítica posestructuralista francesa, y en los mitos específicamente latinoamericanos; tal como demuestra en la primera parte de su obra más citada, *Transculturación narrativa...* Ahora, el aspecto repetitivo de cualquier apreciación del trabajo intelectual de Rama no es un signo de agotamiento hermenéutico, sino más bien, y sobre todo, una inevitable coincidencia ante la pobre adjetivación disponible para catalogar una obra como la suya. Aclara Samoyault que el exceso de la novela de desvíos tiende principalmente a deportar la novela a una otredad que implica que uno no la puede definir (129). De la Campa ve en las ciudades de *La ciudad letrada* un asentamiento social del exceso que nos posibilita abrir un espacio de negociación discursiva e impugnación que supera a la heteroglosia literaria (137-138). Si juntamos estos excesos con el que Rama aplica al estudio de las excesivas novelas del *boom* llegamos al tipo de clarividencia que, a veces muy a posteriori, se quiere ver en Ángel.

Sus ensayos muestran cómo perfeccionaba ese arte hoy casi adivinatorio, progresiva y seriamente, a diferencia de la frivolidad ansiosa de influencias pseudodeconstruccionistas de varios textos tardíos de Rodríguez Monegal, por ejemplo. El respeto siempre crítico de Rama por las tradiciones y los valores transnacionales es inequívoco. Precisamente, fue su inmensa capacidad de reconciliar lo mejor de las convenciones y de las estrategias interpretativas (con las innovaciones que sus parangones siguen tratando de descifrar) las que hicieron de su trabajo intelectual una fuente de confianza y admiración de sus contemporáneos y generaciones críticas subsecuentes. Como las de sus pares, algunas de sus crónicas fueron escritas bajo la presión de los suplementos literarios. Pero aun éstas revelan un trabajo disciplinado y claro en su conceptualización, fresco y libre de pedantería, sin venias gratuitas (a la estadounidense) a amigos críticos, que por lo general no saben qué es lo que hace un intelectual latinoamericano. Como dice D'Allemand en una especie de revisión de su posición anterior sobre Rama, en que de hecho muestra el legado de él a la globalización de la cultura crítica desde Nuestra América: «Poco se ha escrito acerca del proceso de *latinoamericanización* que en las últimas décadas ha vivido la crítica continental, o sobre las distintas dimensiones en que esta opera, y menos aún, sobre la significación que dentro de tal proceso tienen los trabajos de Ángel Rama» (1996, 134, subrayado mío). Es decir, como intelec-

tual literario, consciente de su relación con la esfera pública (he ahí lo que llamé «la lección de *Marcha*», que a su vez nos la impartió), Rama es vivaz y perceptivo. Paralelamente, es de notar que, aparte de entrevistas infrecuentes, lo mismo ocurre con el trabajo de críticos como Fernández Retamar, Ruffinelli, Jitrik, Mejía Duque y otros. Más que el valor intrínseco de la obra de estos (y la valorización de la crítica en general) el asunto tiene que ver con la aparente imposibilidad de un crítico para hablar de lo positivo y trascendente en otro, así le haga sombra, y con la comercialización de cierta novelística ideal para las expectativas estadounidenses.

Como parte de su lección Ángel nunca deja de mostrar el equilibrio (claro para cualquier lector) entre la evidencia de fuentes primarias, su gusto natural y el don de escoger el enfoque teórico más persuasivo, sin ser acomodaticio. Rama valora panoramas y consideraciones abstractas, aunando dato e idea en síntesis rigurosas, metodología que surge de varias fuentes. Pero la materia prima de su discurso crítico es el otro Rama: el polemista y reformista (el intelectual «laico» al que me refiero inmediatamente) cuyas obras han proveído una nueva orientación a los estudios literarios y a los que los llevan a cabo. Si para alguno Rodríguez Monegal era el «crítico necesario», para la gran mayoría Rama es el «crítico imprescindible», sobre todo en este momento de la genial impostura o las imposturas intelectuales, para prestar un par de frases. Si solo se juzgara por la manera o frecuencia con que ambos son citados después de muertos notaríamos que cuando Ángel discute una tradición literaria quiere decir la nacional latinoamericana y la tradición más amplia de influencias europeas y norteamericanas. En una balanza cultural estas no privilegian, como en Rodríguez Monegal, un peso en detrimento de otro «que copiaba y mejoraba, o se adelantaba», y que era generalmente el nuestro. Rama deploraba todo tipo de chauvinismo intelectual, y no vacilaba en anotar las deudas de Nuestra América a patrones interpretativos establecidos por la filología hispanoamericana de ascendencia alemana, filtrada por España y varios de sus exiliados en México y la Argentina. En suma, su sentido de la tradición proveía espacio para que en un marco de referencia se movieran varias obras, dialogando con las precedentes. Por eso la tradición exigía una referencia a lo reciclado (véase *Los gauchipolíticos...*), y las tendencias exigían iconoclastia y novedad. Ambos polos proveían un contexto cultural, como muestra el prólogo a *Novísimos narradores...*

Rama nunca se engañó respecto a la relación entre los intelectuales y la cultura que querían representar. En este sentido, además de ser un intelectual literario, era un intelectual laico, término acuñado por Said para distinguir entre el intelectual profesional y el amateur: «el profesional alega imparcialidad a base de una profesión y pretende ser objetivo, mientras que el amateur no actúa ni por recompensa o por satisfacer un plan de carrera inmediato sino por

un compromiso pleno con las ideas y valores en la esfera pública» (1994: 5).¹² Ángel nunca cometió el error de transferir el significado de intelectual laico que vale en la política al que vale en la historia del pensamiento. Respecto a todos los escritores o intelectuales sobre quienes escribió mucho, y que en cierto sentido son polos ideológicos canónicos, como Vargas Llosa y Cortázar, notó que siempre recurren a las grandes bases históricas que Nuestra América provee. En ese terreno la *cultura del discurso crítico* (término acuñado por Gouldner en *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class* [1979]) no está exclusivamente relacionada con la lucha de clases internacional, la nueva izquierda o el neoliberalismo, o la Nueva «Traición de los intelectuales». Por ende, se puede considerar que los argumentos de un intelectual diferente como Rama presuponen la posibilidad de una realidad latinoamericana más abarcadora, cuya dominante cultural sería la ansiedad causada por una modernidad que todavía se muestra constantemente reacia a ser definida en términos precisos. Paradójicamente, él trató de encontrar esos términos en «La tecnificación narrativa» (1981), postulando que hay que modernizarse o arriesgarse a perecer. Pero más paradójicamente, nótese la reacción de los críticos cuando Vargas Llosa arguye más o menos lo mismo en todos los ensayos que conducen y terminan en *La utopía arcaica* (1996).

Para Rama, en ensayos como «Julio Cortázar: inventeur du futur», de 1980, y «*La guerra del fin del mundo*: una obra maestra del fanatismo artístico» de 1982 (y la mejor interpretación de esa novela, según Vargas Llosa), los públicos de autores como Cortázar y Vargas Llosa continuarán usándolos para producir una oposición discursiva entre aquellos escritores que representan al «pueblo», y aquellos que se oponen a quienes no pertenecen a su clase social.¹³ Como supo ver Gramsci, «El proceso de creación de intelectuales es lar-

12. Said concluye que el intelectual verdadero es un ser laico, «Sin embargo muchos intelectuales pretenden que sus representaciones son de cosas superiores o valores máximos, que la *moralidad* comienza con su actividad en este mundo laico (donde tiene lugar) cuyos intereses sirve, cómo se conjuga con una ética consistente y universalista, cómo distingue entre poder y justicia, y qué revela de las elecciones y prioridades de uno» (1994: 13). Teniendo presente su ubicación cultural (patente en otros capítulos), véase en Bobbio, «Intelletuali e potere» (113-133) y «Della presenza della cultura e della responsabilità degli intellettuali» (135-150).
13. Como Ariel Dorfman, «José María Arguedas y Mario Vargas Llosa: dos visiones de una sola América», *Imaginación y violencia en América Latina*, 2a. edición (Barcelona: Anagrama, 1972): 213-247; cuya comparación de las cosmovisiones de Vargas Llosa y Arguedas concluye con un saldo favorable para el último. Es una periclitada lectura lukacsiana (a pesar de sí) del viejo tema de la literatura comprometida, que Vargas Llosa discute en varios ensayos sobre Arguedas. Casi todos, muy revisados, corregidos y aumentados se publicaron como *La utopía arcaica* (México, D.F.: FCE, 1996), que reseñé en *Vuelta* XXI. 243 (febrero de 1997): 33-35. Ángel también notó las contradicciones que angustiaban a Arguedas al incluir en su selección de artículos de él (*Señores e indios*, 1976) el texto «Entre

go, difícil, lleno de contradicciones, de avances y retrocesos, de dispersiones y reagrupamientos; un proceso durante el cual *la lealtad de las masas es a menudo puesta a prueba duramente*» (334; el subrayado es mío). Aun así, Rama nunca fue un «intelectual político», esfera que reduce el uso del término laico. Fue laico en el sentido de Said, y en el sentido mediante el cual se entiende «la actitud mental y moral de la cual nació el mundo moderno, la filosofía mundana [...] la idea del progreso a través del saber y la difusión del conocimiento, y sobre todo la idea de la tolerancia de las diversas creencias, y entre éstas las diversas creencias políticas» (Bobbio 130). Estas tautologías y contradicciones, que borran las marcas del control al extremo de no llegar a saber quién controla a quién, tienen un lado fácil. Como señala Schalk respecto a las teorías de los intelectuales y el compromiso político, uno es siempre el fascista para algún otro, sobre todo entre los intelectuales académicos. Estos no le sirven para nada al oprimido, ya que su modo de producción, según Jacoby en *The Last Intellectuals* (1987), les da cierto poder; y a la vez impotencia en el *hábitus* institucional.

Fish añade que el académico, en el mejor de los casos, es un «intelectual público por un día», porque un verdadero intelectual público es *del público* y tiene la atención de éste, y sobre todo es «alguien a quien el público busca regularmente para que lo ilumine respecto a cualquier número de asuntos (o todos) y, como están las cosas hoy, el público no busca a los académicos para una sabiduría *general*» (119).¹⁴ Ángel vio esa gran imposibilidad perfectamente, al analizar los comienzos de nuestra modernidad:

Más significativo y cargado de consecuencias que el elevado número de integrantes de la *ciudad letrada* [...] fue la capacidad que demostraron para institucionalizarse a partir de sus funciones específicas (dueños de la letra) procurando

el kechwa y el castellano. La angustia del mestizo», originalmente de 1939, ahora recogido por Sybilla Arguedas en la antología *Indios, mestizos y señores* (Lima: Horizonte, 1989): 25-27.

14. Fish se refiere al campo estadounidense, aunque su propuesta tiene lazos con el académico latinoamericano que se encuentra en ese ámbito. Pero hay otra gran diferencia. Cuando Ángel fue a EE. UU. no disminuyó su participación en los medios que lo acercaban más a un público «general», especialmente en su periodismo. Rodríguez Monegal, en cambio, trató de asimilarse al medio literario rentable que entonces aceptaba su prosa periodística sin mayor salvedad. Compárese la obra de Fernández Retamar, quien para poner en perspectiva lo que pasa por crítica de la literatura hispanoamericana y ubicarla respecto a su obra, dice con eufemismo y reticencia: «La nomenclatura está demasiado connotada o es demasiado polémica como para valerme aquí *a la ligera* de oralidad, transculturación, heterogeneidad, literatura alternativa, subalternidad, ginocrítica y otros términos» (25, mi subrayado). Cf. el pesimismo de Cornejo Polar sobre la peligrosa jerarquía entre latinoamericanistas anglosajones e hispanoamericanos.

volverse un poder autónomo, dentro de las instituciones del poder a que pertenecieron: Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades (1984: 30).

Como dice más adelante, «No sólo sirven a un poder, sino que también son dueños de un poder» (*Ibid.*, 31). La presunta solidaridad que los académicos podemos proveer al oprimido, si se la puede discernir, es irónica e involuntaria. En última instancia, el crítico que se cree radical, como el tradicional, sirve como contrincante, como potencial seductor desarmante de los que tienen poder, privilegio y acceso a la autoridad intelectual (Merod 164). Con mayor razón entonces, Ángel solo fue excesivo en verbalizar ideas concretas, no sus fantasías. Hay que tener una gran imaginación para creer que el intelectual crítico puede dar fácilmente el paso foucaultiano/gramsciano de intelectual universal a intelectual específico, que dé la voz al no intelectual para desplazar la cultura estrictamente culta. Entre otros elogios, y concentrándose en lo que más llegó a los lectores de Ángel, bien concluye Vargas Llosa: «En esas visiones de conjunto —derroteros, evoluciones, influencias, experimentados por escuelas o generaciones de uno a otro confín— probablemente nadie —desde la audaz sinopsis que intentó Henríquez Ureña, *Historia de la Cultura en América Hispánica* (1946)— ha superado a Ángel Rama» (378).

Ángel logró ver las sutilezas del contexto mayor, y su periplo en el nores-te estadounidense agudizó su percepción. Es más, escribió sobre ellas alejándose del modelo del intelectual latinoamericano de ese momento (véase el artículo sobre «Los disidentes» publicado en cinco partes en *El Universal* de Caracas en 1982). No obstante esta situación, habrá quienes deseen discutir las «contradicciones» de Ángel durante su estadía estadounidense, pero tendrán que lidiar objetivamente con sus propias autobiografías y crítica, como reacción a aquéllas. El trabajo de Ángel, barómetro, lección y paradigma intelectual latinoamericano, tiene que ver, en última instancia, con el misterio de la creatividad, con el enigma de la personalidad y la alquimia de sobrevivir las articulaciones intelectuales de las formaciones y paradigmas nacionales o populares. Sin duda, otros intelectuales literarios han establecido pautas interpretativas todavía vigentes. No obstante, la gama al identificar tendencias, fenómenos y sucesos simultáneos que ilustran cambios fundamentales en la literariedad latinoamericana es, aun en el año 2000, el monopolio apacible de Rama. Su obra nos enseña que los elementos discursivos, especialmente los de la pragmática que quiere proponer el intelectual del montón, son determinantes solo en términos de supuestos metafísicos. Estos le preocupan menos a los subalternos que a los que escriben acerca de ellos, inventándolos de acuerdo a lo que pida el mercado crítico angloamericano.

Ángel hubiera bienvenido las posibilidades que conllevan nociones como «subalterno», «heterogeneidad» o «cultura popular», porque siempre las intu-

yó (véase Leenhardt), o las expresó con términos diferentes, como Henríquez Ureña y Reyes antes de él. No obstante, los que lo conocieron bien serían los primeros en manifestar una salvedad: Ángel hubiera puesto en perspectiva la prontitud y descuido con que se ha querido establecer esos términos como palimpsestos del manual del usuario crítico latinoamericano, perspectiva actualizada por Rojo. Pienso, basándome en los ejes de su obra, que hubiera hecho lo mismo con la fascinación de la posmodernidad, y notado que las explicaciones de ella se dan en una secuencia previsible. Primero viene la explicación en términos neorománticos, con la defensa del carácter único del que interpreta. Sigue la explicación en términos de absolutos ideológicos, especialmente en una época en que las diferencias son menos marcadas. Y por último viene la explicación en términos de la inutilidad de toda explicación (cf. Eagleton). Rama ya intuía, también, que la fascinación por la «cultura popular» del académico estadounidense se resiste a la consistencia y coherencia, y que con la fijación en «borrar» fronteras, límites y bordes se confunde la diferencia semántica entre cultura y sociedad masivas. Para Ángel la cultura popular existió siempre y es más participatoria que la cultura masiva, que puede degenerar en fascismo. Como a Arenas, su paso por la costa este estadounidense le hizo ver con creces que el atrincheramiento académico estadounidense no acepta discrepancias con sus ideas recibidas o dictados. Por esto la obra de Rama nos enseña, sobre todo, a evitar la peligrosa zona de contagio que solo beneficia a los que la proponen.

Respecto al sueño académico estadounidense de que su versión de los «estudios culturales» acerque a los intelectuales a un público general, algo calca do officiosamente hoy por desconocidos latinoamericanistas residentes en Estados Unidos, Fish pregunta con don de lo obvio «¿Cómo puede el trabajo de los estudios culturales, conducido en el espacio profesional de la academia, llevar a cabo el cambio de la cultura que estudia?» (122). Este cuestionamiento ha sido remachado a su vez por Machín, cuando opone el sentido práctico interdisciplinario de Rama al sentido vagamente interdisciplinario de los estudios culturales angloamericanos.¹⁵ Cornejo Polar añade: «me temo mucho

15. Entiéndase la «política» de los estudios culturales en su uso tardío-marxista. Es decir, uno puede estar de acuerdo con la meta y sin embargo preguntar por qué se insiste en etiquetar el trabajo de los estudios culturales como político. Aunque la política sea el medio, el principio que urge que se actúe hacia una meta es ético o moral. La pobreza conceptual, derivativa y reiterativa, se ve en recientes descubrimientos lapidarios de la «crítica cultural»: «Múltiples saberes parciales y discontinuos comenzaron a rebatir la fundamentación universal del conocimiento 'superior' y 'trascendente', 'objetivo' y 'verdadero'; saberes polémicamente articulados desde los márgenes de la razón filosófica occidental-dominante que cuestionan sus divisiones, exclusiones y prejuicios», en Nelly Richard, «¿Qué es la Crítica Cultural?», *El Mercurio, Artes y Letras*, 1 de agosto de 1999, 2. Para los vicios de los es-

que los estudios culturales, poscoloniales y/o subalternos no han calibrado lo que implica el practicar esas disciplinas en una sola lengua (72). No detallo aquí reacciones afines de Beatriz Sarlo, quien en varios estudios arguye que todo parece indicar que como latinoamericanos debemos producir objetos para el análisis cultural, mientras otros, básicamente europeos, tienen el derecho de producir objetos para la crítica del arte. Con la desaparición de Rama la versión hispanoamericana del intelectual con una «cultura común» (cuando el consenso intelectual no puede ser grande debido a la estatificación temporal e institucional) se encuentra en vías de extinción. Por eso se traduce su obra crítica al inglés, no la de sus compatriotas contemporáneos. Como primer nuevo intelectual público que cumple la función social de serlo, Rama actúa al margen del concepto gramsciano de hegemonía y nos permite contestar las adivinanzas de nuestras obsesiones, tristezas, triunfos y aberraciones que otros quieren interpretar por y sin nosotros.

Vi a Arenas justo antes de que muriera, en la presentación en The Americas Society de *Reinaldo Arenas: alucinaciones, fantasía y realidad* (1990), ensayos críticos sobre su obra compilados por una amiga cubana mutua, Perla Rozencvaig, y Julio Hernández-Miyares. Nuestras miradas coincidieron, y me lanzó una sonrisa debilitada, y me hizo de la mano. Pero no hablamos. La última vez que vi a Ángel fue en un viaje a la Biblioteca del Congreso en Washington (local favorito de su cultura estadounidense). Le llevaba un libro sobre el pintor Jim Dine que me había encargado Marta. Afectuoso como siempre, no dejó de sonreír y bromear. Pero aquella sonrisa decía más sobre el intelectual y escritor que en verdad se adaptó al noreste estadounidense y su cultura, digan lo que digan los que se concertaron para que la dejara, aun cuando en verdad nunca llegaron a tratarlo o conocerlo en persona (a mí me tocó traducir al español la defensa que hizo de él Arthur Miller en la revista *Harper's* de Nueva York). Tampoco se saca nada pensando y escribiendo sobre una especie de «Ángel nuestro», exclusivamente nacional, como muestran «homenajes» recientes en que las lecturas «extranjeras» de Rama parecen un elemento añadido por la fuerza de la percepción del poder del crítico foráneo. No era lo que quería ni hizo Rama durante su vida. Ser un intelectual no es verse ante el espejo para ver a los que se parecen a uno, ni una cualidad o tara que uno conserva obligatoriamente toda su vida. Rama no se vengaba o comenzaba rumores; y rehusaba acusar a nadie o exigir compensación, actitud tan de moda en la crítica confesional de hoy. Al asumir el pensamiento como riesgo durante toda su vida y en toda su obra Ángel llegó hasta el punto que le quitó la vida. Tanto él como Arenas se ha convertido en emblema de la manera en que

la crítica usufructa lo que le conviene, lo cual tal vez siempre se ha hecho. La diferencia es que al comenzar el 2000 no se detecta la mínima ética o autoanálisis total en esos actos.

TRABAJOS CITADOS

- Arenas, Reinaldo. *Necesidad de Libertad*. México, D.F.: Kosmos, 1986.
- *Antes que anochezca. Autobiografía*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- Barthes, Roland. *Critique et Vérité*. París: Seuil, 1966.
- Bejel, Emilio. «Antes que anochezca: autobiografía de un disidente cubano homosexual». *Hispanamérica* [Maryland] XXV. 74 (agosto 1996): 29-45.
- Bobbio, Norberto. *Il dubbio e la scelta*. Roma: La Nuova Italia Scientifica, 1993.
- Cabrera Infante, Guillermo. «Cuando Emir estaba vivo». *Homenaje a Emir Rodríguez Monegal*. Ed. Roberto Andreón. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura, 1987: 37-43.
- *Mea Cuba*. Barcelona: Plaza & Janés/Cambio 16, 1992.
- Castro-Gómez, Santiago. «Modernidad, latinoamericanismo y globalización». *Cuadernos Americanos* [México] XII. 67 (enero-febrero 1998): 187-213.
- Cornejo Polar, Antonio. «Apuntes sobre mestizaje e hibridez: los riesgos de la metáfora». *Kípus* [Quito] 6 (I semestre/1997): 69-73.
- Corral, Wilfrido H. «Diez problemas para el novelista latinoamericano y la cultura crítica nacional». *Texto crítico* [Xalapa] X. 31/32 (enero-agosto de 1985): 271-297.
- «Cortázar, Vargas Llosa, and Spanish-American Literary History». *American Literary History* [Oxford UP] IV. 3 (Fall 1992): 489-516.
- Chiappini, Ligia y Flavio Wolf de Aguiar, ed. *Literatura e história na América Latina*. Sao Paulo: U. de Sao Paulo/Centro Ángel Rama, 1993.
- D'Allemand, Patricia. «Hacia una crítica literaria latinoamericana: nacionalismo y cultura en el discurso de Beatriz Sarlo». *Estudios* [Caracas] 1. 2 (1993): 27-40.
- «Urban Literary Production and Latin American Criticism». *Bulletin of Latin American Research* [Londres] 15. 3 (1996): 359-369.
- «Ángel Rama: el discurso de la transculturación». *Nuevo texto crítico* [Stanford] VIII. 16/17 (julio 1995 a junio 1996): 133-151.
- De la Campa, Román. «*The Lettered City: Power and Writing in Latin America*». *Latin Americanism*. Minneapolis: U. of Minnesota P., 1999: 121-147.
- De Paepe, Christian et al., ed. *Literatura y poder*. Lovaina: Leuven UP, 1995.
- Díaz Caballero, Jesús. «Ángel Rama, última entrevista». *Fin de siglo* [Lima] 3 (abril de 1988): 3-26.
- Eagleton, Terry. «In the Gaudy Supermarket». *London Review of Books* [Londres] 21. 10 (13 may 1999): 3-6.
- Fernández Ferrer, Antonio. «La olla prodigiosa: sobre el concepto de *transculturación* en Fernando Ortiz y Ángel Rama como aportación para el estudio de la dicotomía universalismo-localismo en la literatura hispanoamericana». *Diversidad socio-*

- cultural en la literatura hispanoamericana*, ed. de Carmen de Mora. Sevilla: U. de Sevilla, 1995: 115-127.
- Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Primera edición completa. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1995.
- Fish, Stanley. *Professional Correctness*. Oxford: Clarendon/Oxford UP, 1995.
- Franco, Jean. «Ángel Rama y la transculturación narrativa en América Latina». *NN*. [San Juan] 14. 3 (abril-junio 1984): 68-73.
- «What's Left of the Intelligentsia?: The Uncertain Future of the Printed Word». *NACLA Report on the Americas* [Nueva York] 28. 2 (sept./oct. 1994): 16-21, 44.
- González, Aníbal. «Literary Criticism in Spanish America». *The Cambridge History of Latin American Literature*. Vol. 2. Ed. R. González Echevarría y E. Pupo-Walker. Cambridge: Cambridge UP, 1996: 425-457.
- González, José Eduardo. «¿El fin de la modernización literaria?: técnica y tecnología en la crítica de Ángel Rama». *MLN* [Baltimore] 113. 2 (march 1998): 380-406.
- Gramsci, Antonio. *An Antonio Gramsci Reader*. Trad. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith. Ed. David Forgacs. Nueva York: Schocken, 1988.
- Leenhardt, Jacques. «Ángel Rama, une figure clé de la critique latino-américaine». *Nuevo texto crítico* 7. 14/15 (julio 1994-junio 1995): 201-209.
- Lentricchia, Frank. *Criticism and Social Change*. Chicago: U. of Chicago P., 1983.
- Machín, Horacio. «Ángel Rama y 'La lección intelectual de *Marcha*'». VV. AA., *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: IILI, U. de Pittsburgh, 1997: 71-94.
- Merod, Jim. *The Political Responsibility of the Critic*. Ithaca, NY: Cornell UP, 1987.
- Rama, Ángel. «Un fabulista para nuestro tiempo». *Monterroso* Ed. Jorge Rufinelli. Xalapa: CILL, U. Veracruzana, 1976: 23-27.
- «Prólogo». Rubén Darío, *Poesía*. Ed. de Ernesto Mejía Sánchez. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977: ix-lit.
- «Littérature et révolution». *Littérature latino-américaine d'aujourd'hui*. Ed. Jacques Leenhardt. Paris: Union Générale d'Éditions, 1980: 281-303.
- «Reinaldo Arenas al ostracismo». *Eco* [Bogotá] 38/3. 231 (enero 1981): 332-336.
- «Founding the Latin American Literary Community». Trad. «Pamela Pye». *Review* [Nueva York] XI. 30 (september/december 1981): 10-13.
- «La tecnificación narrativa». *Hispanérica* X. 30 (diciembre 1981): 29-82.
- «La literatura en su marco antropológico». *Cuadernos hispanoamericanos* [Madrid] 407 (1984): 95-101.
- *La ciudad letrada*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1984.
- *La novela en América Latina*. Xalapa, México: Fundación Ángel Rama/U. Veracruzana, 1986.
- *The Lettered City*. Trad. John Charles Chasteen. Durham: Duke UP, 1996.
- Ribeiro, Leo Gilson. «Entrevista com Emir Rodríguez Monegal: Um projeto de integração». *O Continente Submerso*. Sao Paulo: Best Seller, 1988: 23-34.
- Robaina, Tomás. «Carta acerca de *Antes que anochezca*, autobiografía de Reinaldo Arenas». *Journal of Hispanic Research* [Londres], I. 1 (Autumn 1992): 152-156.

- Rojo, Grínor. «Crítica del canon, estudios culturales, estudios poscoloniales y estudios latinoamericanos: una convivencia difícil». *Kipus* [Quito] 6 (I semestre/1997): 5-17.
- Ruffinelli, Jorge. «Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal. Notas para un paralelo imposible». *Brecha* [Montevideo] (10 de enero de 1986): 30-31.
- Said, Edward W. *Culture and Imperialism*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1993.
- «Gods That Always Fail». *Raritan* [Nueva Jersey] 13. 4 (Spring 1994): 1-14.
- Samoyault, Tiphaine. *Excès du roman*. París: Maurice Nadeau, 1999.
- Schalk, David L. *The Spectrum of Political Engagement*. Princeton: Princeton UP, 1979.
- Schavelzon, Guillermo. «Ángel Rama, visión del editor». *Sábado de Unomásuno* [México D.F.] 319 (10 de diciembre de 1983): 7.
- Torgovnick, Marianna. *Gone Primitive*. Chicago: U. of Chicago P., 1990.
- Vargas Llosa, Mario. «Ángel Rama: la pasión y la crítica». *Contra viento y marea, II* (1972-1983). Barcelona: Seix Barral, 1986: 376-380.